

EN LA ORILLA



—¿Eres tú? ¿Estás ahí?...

Te confundí entre aquellas sombras que caminan. Intento seguir tus huellas sobre la arena, pero la roja espuma deshace tus pisadas y después borra las mías. No puedo verte, pero ya siento tu sutil presencia; y sé que me observas mientras camino por esta solitaria senda. Deseo acariciar tu rostro, tomar tus delicadas manos, abrazarte y sentir tu cuerpo junto al mío. Quiero besar tus labios, embriagarme con tu aroma y que me lleves de la mano por esta embarrada travesía, pero no logro encontrarte. Esta espera se me hace eterna y ya no quiero seguir caminando en soledad por esta lúgubre orilla. Sé que pronto nos encontraremos; y después, por fin juntos, surcaremos estas fúnebres aguas en busca de la inmortal dicha. Pero antes debo hallarte, amor, pues tú necesitas mi moneda y yo anhelo tus caricias.

—¿Quién va ahí? ¿Eres tú esa sombra que camina?



I

Anna Perenna

—Dionisio, ¿te has dado cuenta de que ya apenas tienes pelos en la cabeza? Te has quedado prácticamente calvo, por no decir calvo del todo —le dije con sorna al anciano esclavo, aprovechando que se encontraba arrodillado frente a mí, cosiendo los bajos de mi toga con una aguja de bronce y con los ojos pegados a la tela.

Desplacé mi mano de derecha a izquierda sobre su cabeza, sin tocarla, como si quisiese sacarle brillo, y comprobé que mis dedos se reflejaban sobre su piel.

—Como sigas perdiendo el pelo a ese ritmo dentro de poco me servirás como espejo, Dionisio.

El pequeño Celio me imitaba, y se reía a carcajadas al ver que sus manos también aparecían y desaparecían sobre la cabeza del anciano.

—Y por tu forma de acercar los ojos a la toga, me da la impresión de que, además de calvo, pronto te vas a quedar sin visión.

Dionisio no dijo nada y continuó con la labor de costura.

—Lo de tu vista ya no tiene solución; seguramente acabarás ciego. Pero, por lo demás, es posible que aún podamos arreglarte algo. Y ahora que lo pienso... —dije, posando el dedo índice sobre mis labios en actitud reflexiva—, conozco una

*tonstrina*¹ en las inmediaciones del circo Máximo a la que podría llevarte. Allí, aparte de arreglarte la barba a la perfección, te podrían fabricar una espléndida melena a la justa medida de tu cabeza. Puede que así mejorara algo tu aspecto.

— ¡Que sea rubia, padre! — exclamó mi hijo Celio mientras dejaba su espada de madera sobre el mármol del peristilo—. ¡Yo quiero que Dionisio sea rubio! ¡O, mejor aún, hazle una peluca roja, y así podremos presumir de esclavo bárbaro!

Le guiñé un ojo a Celio para que se diera cuenta de la broma, y continué con mi irónica argumentación intentando que Dionisio se irritara.

— Muy buena idea, Celio. Aunque otra opción sería elaborar una cataplasma pringosa y hedionda. Si le untamos todas las noches la calva con la poción antes de que se acueste, puede que le crezca algo el pelo.

Dionisio me miró de soslayo, ignoró mi comentario y continuó dando precisas y pausadas puntadas con la aguja bajo la atenta mirada de Celio, que observaba al esclavo imaginándose ya rubio o pelirrojo.

— Ya casi está, *domine*² — dijo el esclavo mientras se disponía a cortar el hilo sobrante con sus dientes—. No te muevas ahora, que quiero ver cómo quedan los pliegues.

— Pues date prisa, Dionisio, que llegamos tarde y no quiero ser el centro de atención del Senado teniendo que levantar una fila completa de ilustres ancianos para poder llegar hasta mi asiento. Y tampoco me apetece nada que me amonesten, así que ve terminando.

El esclavo continuó arrodillado, mirando con detenimiento los bajos de la toga. Comprobó la labor que acababa de reali-

1. Barbería.

2. Amo.

zar usando su dedo índice como nivel y, cuando estuvo por fin satisfecho, clavó la aguja en la bola de hilo.

— Ya sí, *domine* — dijo orgulloso de su trabajo—. Ahora la toga sí está en su sitio.

Acto seguido intentó incorporarse, pero en ese preciso momento Celio pensó que aún tenía tiempo para jugar un rato más con Dionisio. Dando un brinco, se subió sobre el lomo del esclavo como si fuera su caballo.

— ¡Arre, caballo! — exclamó Celio mientras hincaba sus dos talones en los riñones del esclavo y se agarraba con fuerza a su cuello—. ¡Llévame al Senado a mí también!

Dionisio obedeció la orden y comenzó a caminar a cuatro patas por la galería siguiendo las indicaciones que le daba Celio. El niño lo condujo hacia el lateral del patio y lo obligó a rodear dos de las columnas, espoleándolo de nuevo para que se dirigiera hacia la fuente de mármol.

— Bebe, caballito, bebe, que ya estarás cansado — le ordenó Celio.

El anciano agachó la cabeza con obediencia y comenzó a beber el agua que había quedado estancada en la base de la fuente, emitiendo desagradables sonidos guturales mientras Celio le acariciaba el costado para aliviar su cansancio.

Cneo contemplaba la escena desde un banco de mármol, succionando con fuerza el pecho izquierdo de Leticia. Miraba de reojo, sin dejar de mamar, y de vez en cuando sonreía con las ocurrencias de su hermano, mostrando sus incipientes dientes y dejando al descubierto el pezón enrojecido de la nodriza. Cuando por fin se sació, se deshizo del pecho de un manotazo para apuntarse al juego; y, con andar inseguro, se dirigió hacia el abrevadero para obligar al esclavo a que reanudara la marcha. Pero, como aún no sabía hablar bien y no podía dar órdenes, no se le ocurrió mejor idea que coger con sus pequeñas manos la espada de madera de Celio y propinarle a Dionisio un

mandoble en las nalgas, con tal fuerza que hasta a mí me dolió. El esclavo tuvo que morderse la lengua para no soltar un grito, y me dirigí hacia la fuente para poner orden en el aguadero.

— ¡Eso no se hace! ¡No se pega! —le dije a Cneo mientras intentaba quitarle la espada sin dañarlo—. ¡Y tú, Celio, bájate ya de ahí que voy a llegar tarde!

Celio obedeció de inmediato, pues a sus diez años ya era consciente de las consecuencias de no cumplir mis órdenes; pero su hermano Cneo era aún demasiado pequeño. No tenía todavía claro el concepto de obediencia, y estaba plenamente convencido de que podía retarme. Se negaba a entregarme la espada sin más, y oponía la resistencia que su pequeño cuerpo le permitía, agarrando el *gladius*³ con su mano derecha y apretando los dientes, como si con ese inútil gesto pudiese emplear más fuerza que la que le correspondía a un niño de poco más de un año y medio.

— ¡Eres muy malo, Cneo! ¡Suelta ya la espada! —le dijo Celio enfadado, imitando mi autoridad.

Pero al pequeño Cneo poco le importaban los reproches de su hermano. Deseaba a toda costa tener la espada entre sus manos y se negaba a entregármela, frunciendo el ceño en señal de desafío y dando inútiles tirones. Sujetó el *gladius* con las dos manos y echó el cuerpo hacia atrás, pensando que de esa forma podría aumentar su resistencia. Pero Cneo no contaba con la astucia del adulto, y decidí que era el momento de que recapacitara sobre las consecuencias de retar a un padre. Solté la espada en el momento en que mi hijo empleaba mayor fuerza; y, en ese preciso instante y como impulsado por un espíritu, se desplazó hacia atrás y cayó de espaldas sobre la fuente. En cuanto se dio cuenta de lo que había ocurrido puso cara de susto; y, acto seguido, le sobrevino un arrebató de rabia, comenzó a hacer pucheros y arrancó a llorar amargamente, con medio

3. Espada romana, de unos sesenta centímetros de longitud.

cuerpo sumergido en el estanque, mientras miraba a Leticia buscando consuelo.

Celio, que continuaba acariciando el lomo del esclavo arrodillado, reía a carcajadas viendo a su hermano pequeño sentado dentro de la fuente y totalmente empapado, provocando con su mofa que Cneo llorara de forma más desconsolada.

—¿Lo ves, Cneo? —le dije al niño, mirándolo fijamente y reprendiéndolo para que recapacitara sobre su conducta impulsiva—. Esto es lo que les pasa a los niños cuando son desobedientes.

Pero Cneo no me escuchaba; y, con los gritos que daba, era imposible que entendiera nada de lo que le estaba diciendo. Leticia se impacientó y me miró pidiéndome permiso para recogerlo. Cuando asentí con un leve movimiento de cabeza se agachó, tomó a Cneo entre sus brazos y comenzó a quitarle la ropa mojada mientras se marchaba para cambiarlo. Pese a que ya estaba lejos del atrio, todavía se escuchaban los llantos del niño.

—Cneo es un niño con carácter, padre —me dijo Celio mientras recogía la espada de la fuente intentando secarla con su túnica.

—Y tú también, Celio. Y yo más que vosotros dos juntos. Somos de la familia Horacio, y lo llevamos en la sangre. Pero ese carácter hay que corregirlo cuanto antes. No quiero que tu hermano crezca como un joven impulsivo y alocado. Habrá que enseñarle poco a poco lo que es la vida, para que encauce adecuadamente ese orgullo que tanto mal puede causarle. Pero ya tendremos ocasión de hablar de eso con más calma, Celio.

Dionisio colgó sobre su hombro el zurrón donde portaba las tablillas de cera y el punzón, y aguardó en el atrio junto a la puerta de entrada.

—Dame un beso, Celio —le dije al niño, ofreciéndole mi mano derecha para despedirme—. Volveré para la cena.

Me agaché para que pudiera besarme, lo abracé y me dirigí hacia la puerta; pero, en el momento en que Dionisio se disponía a abrirla, Celio volvió a llamarme.

—Padre...

Me giré y noté algo extraño en su mirada. Por su expresión, comprendí que me olvidaba de algo, y enseguida caí en la cuenta.

—Celio, no te preocupes, que no lo he olvidado. Estaba esperando a que llegaran todos —le dije al niño excusándome para no reconocer mi imperdonable despiste.

Le hice un gesto a Dionisio para llamar su atención; y, con un par de palmadas, llamó a todos los esclavos de la casa para que formaran en el atrio. Al instante llegaron al patio de entrada los esclavos de la cocina y el resto de asistentes. La última en llegar fue Leticia, que aún no había tenido tiempo de cambiar a Cneo y lo llevaba entre sus brazos con el ropaje mojado. Formaron en dos filas a unos pasos detrás de mí, mostrando el debido recogimiento, y esperaron en silencio a que yo diera inicio al rito.

Me situé frente al *lararium*⁴, el altar familiar que se encontraba en el atrio junto a la puerta de entrada y, extendiendo mis manos, inicié la oración que mi padre me había enseñado.

—Dioses Lares que cuidáis nuestro hogar, antepasados de la familia Horacio, a todos vosotros me encomiendo. Os ruego nos preservéis de cualquier mal y que protejáis mi familia, mi hacienda y mi honor.

Cogí un puñado de la sal de la patena de oro y la extendí sobre el fuego sagrado del altar. Perfumé el *lararium* con incienso y realicé las oportunas libaciones, usando una rama de

4. Altar doméstico destinado al culto de los dioses y espíritus guardianes del hogar.

olivo como aspersorio para rociar con vino y agua las figurillas de los dioses Lares.

—Dioses Penates que cuidáis nuestra despensa, procurad que no nos falte el alimento en esta casa. Y ante vosotros rezo para que ese alimento nos proporcione salud y dicha.

Me giré, miré a Celio, y con un gesto le indiqué que se acercara hasta el altar. Me entregó el plato que portaba la ofrenda y esparcí el pan, la sal y la harina sobre las figurillas del *lararium*. Al entregarle de nuevo la patena me volví para ver si faltaba algún esclavo, y comprobé que todos estaban presentes y que mostraban el debido recogimiento.

Celio se mostraba atento a todos los detalles del rito, memorizando mis palabras y mis gestos, pues aquella liturgia era nuestra religión, la de la familia Horacio. Ese era el culto que yo había aprendido de mi padre y que mi hijo Celio continuaría cuando yo faltase. Era nuestro rito privado, el rito familiar, distinto del que realizaban el resto de familias en Roma, pues lo practicábamos en la intimidad de nuestro hogar y solo a nosotros nos pertenecía.

Al pequeño Cneo, por el contrario, poco le importaba aquel acto, pues estaba totalmente desentendido de las oraciones y solo le preocupaba hurgar con su manecilla entre la túnica de Leticia intentando sacarle el pecho derecho. Cuando por fin lo consiguió, se lo llevó a la boca y comenzó a mordisquearle de nuevo el pezón con sus pequeños dientes hasta que decidió que era el momento de comenzar a mamar de nuevo. Leticia hizo una mueca de dolor, se sujetó el pecho con la mano para aliviar el sufrimiento que le producían los mordiscos e intentó no perder la compostura para que yo no tuviera que llamarle la atención.

—Genio de la familia Horacio —dije mientras posaba mi mano derecha sobre la serpiente de oro que simbolizaba la continuidad de mi familia—, a ti ahora me encomiendo. Procúrame honor y virtud. Y a vosotros, dioses Manes, espíritus

de nuestros fallecidos, padre, madre y difunta esposa, os rezo para que encontréis la paz fuera de las paredes de esta casa.

Una vez finalizada la plegaria de los dioses familiares, hice una última invocación levantando la mano derecha y juntando los dedos:

—Dioses celestiales que garantizáis la grandeza a Roma; dioses Capitolinos Júpiter, Juno y Minerva. Resto de dioses, todos los que seáis: os suplico que protejáis la ciudad de Roma y la República. Y que deis a esta familia paz eterna y larga vida.

Tras realizar la última invocación, tomé de nuevo la rama de olivo, rocié con leche y miel las figurillas del *lararium* y di por finalizado el acto. Celio recogió las ofrendas y el aspersorio de libaciones y colocó todos los objetos en un mueble de madera tallada que se encontraba a la derecha del altar.

—Algún día tendrás que hacer tú solo todo esto, Celio.

—Pero no estaré solo, padre. Me ayudará mi hijo.

Le indiqué a Dionisio que desalojara a los esclavos de la sala; y el anciano, con un gesto de sus manos, les ordenó que se dedicaran a sus ocupaciones habituales. Leticia fue la última en marcharse, pues intentaba adecentarse después de que Cneo le hubiese bajado el tirante de la túnica dejándole los dos pechos al aire.

—Ahora, Celio, yo debo marcharme; y tú serás el dueño de esta casa mientras yo no esté. Cuida este hogar como si te fuese la vida en ello.

Acaricié el cabello de Celio y lo besé en la frente. Celio tomó mis manos y luego las besó; sacó brillo a mi anillo de oro frotándolo con su dedo pulgar y se fue corriendo hacia las dependencias interiores.

Al salir a la calle aspiré profundamente, llenando mis pulmones con la brisa fresca de la mañana, y comenzamos a des-

cender por la callejuela que conducía al foro. El mes de marzo nos había sorprendido a todos con un inusual anticipo de la época estival, pues no llovía como era costumbre, y tampoco soplaban las desagradables y gélidas bóreas del norte a las que estábamos acostumbrados, por lo que se convertía en una delicia caminar por el empedrado del Palatino con la ausencia de frío, lluvia y viento. Y, para animar el paseo, retomé la conversación que había dejado pendiente con Dionisio, intentando sacarlo de quicio otra vez para divertirme mientras llegábamos al Senado.

—Por cierto, Dionisio, aclárame una duda. ¿De qué color prefieres la peluca? ¿Rubia o roja? —le pregunté, fingiendo que acabaríamos el día en la *tonstrina* del circo Máximo—. Al fin y al cabo, va a ser tu nuevo cabello y pienso que tienes derecho a opinar. Pero solamente a opinar, Dionisio; no te hagas ilusiones. La decisión final será mía.

El esclavo se mantuvo en silencio, sin prestar atención a mis comentarios, pues estaba más preocupado en comprobar si llevaba en el zurrón las tablillas de cera y el punzón para poder anotar en ellas todo cuanto escuchase en el Senado.

—Dionisio, contéstame. ¿Rubia o roja?

—Perdón, amo Marco. La que tú desees será la correcta y adecuada. Al fin y al cabo yo no voy a contemplarla. Serás tú quien me veas con ella. Aun así, amo Marco...

—Aun así qué, Dionisio —le espeté con orgullo, pero sabiendo de antemano que el esclavo iba a acabar con mis expectativas de diversión.

El anciano intentó medir muy bien sus palabras y tardó un rato en contestarme.

—Con la peluca artificial únicamente conseguirías hacer evidente todo lo viejo y feo que soy. Por ello, amo Marco, quizás fuese más práctico que me desecharas y adquirieras otro

esclavo más joven y sano. Y, si es más apuesto que yo, sin duda te haría más feliz, si es belleza lo que buscas.

—Por supuesto que sí, Dionisio. Pero no me des tantas ideas, salvo que quieras acabar la jornada en el mercado de sustitución de esclavos.

—Yo iré gustoso y feliz a donde tú me ordenes, amo Marco. El único inconveniente, si me lo permites, es que tu nuevo esclavo, si es joven, a buen seguro será inexperto y deberás enseñarle todo desde el principio.

—¿Y qué hay de malo en eso, Dionisio?

—Nada en particular, amo. Pero mucho me temo que tu nuevo esclavo, cuando por fin consiga aprender después de mucho esfuerzo por tu parte, será tan viejo y feo como yo; y tendrás que cambiarlo por otro después de haber malgastado tiempo y dinero. Y eso, partiendo de que tú sigas vivo, *domine*.

Miré a Dionisio fijamente, haciéndole ver que no iba a consentirle más indiscreciones, pero siguió hablando.

—Si me lo permites, *domine*, es esa constante búsqueda de la belleza física la que nos causa infelicidad porque, por definición, todo lo físico es de naturaleza efímera e imperfecta. Por ello, amo Marco, debemos encontrar la belleza solamente en aquello que nos causa fascinación, agrado y admiración imperecedera. ¿Y acaso hay algo más bello y hermoso que la sabiduría?

El viejo esclavo era una fortaleza espiritual inexpugnable. Cada vez que yo intentaba divertirme a su costa llevándolo al plano terrenal, acababa devolviéndome el golpe con más fuerza. Aunque lo hacía de forma sutil, sin faltarme el respeto debido, sus sabias palabras siempre conseguían hurgar en lo más profundo de mi alma. Así que aquella mañana preferí callarme y no rebatirle nada, pues no estaba en condiciones de discutir con el esclavo cuestiones filosóficas ni planteamientos profundos.

Al bajar por la calle empedrada que conducía hasta el foro me detuve en la plaza donde se ubicaba la fuente de Minerva. Subí la escalinata de mármol para llegar hasta el vaso y refrescarme con el agua del surtidor, pero comprobé, para mi decepción, que el mecanismo de la fuente estaba averiado. Como el agua que había quedado estancada en el vaso hacía las veces de espejo, aproveché para observarme durante un breve instante.

Posé mis manos sobre el bordillo de la fuente, me incliné sobre el improvisado espejo y me agradó ver mi imagen reflejada. Me satisfizo pensar que el paso del tiempo aún no había hecho mella en mí, pues, pese a mis cuarenta y dos años, me sentía ágil y sano. Las caminatas diarias desde el Palatino a los Baños de Juno en el Monte Quirinal y la eficacia terapéutica de sus aguas medicinales, unidos a las sesiones de Zenón, el masajista, y a la estricta dieta a la que me había sometido el médico Asclepiades, habían dado como resultado un cuerpo más sano, recio y fibroso. Palpé mi abdomen y no noté la flacidez de meses atrás. Mis abdominales estaban duros sin necesidad de contraerlos, y los músculos de mis brazos más marcados. Observé mi oscuro cabello reflejado en la fuente comprobando que apenas lo había perdido, y me alegró ver que mi rostro aparecía más enjuto y recio. En poco tiempo me había deshecho de la flacidez del ocioso patricio y me sentía de nuevo como el tribuno militar que años atrás participó en las campañas de Asia. Me recreé un rato observándome y, aunque mi imagen reflejada no era el ideal de belleza espiritual que pregonaba Dionisio, me hizo feliz contemplarme. Introduje la mano en la fuente para refrescarme, y ese gesto deshizo el espejo de agua, formando pequeñas ondas que distorsionaron mi imagen, quizás como un presagio de lo efímero de nuestras vidas. Al girarme comprobé que Dionisio me observaba pensativo.

— ¿En qué piensas, Dionisio?

El esclavo agachó la mirada.

—En nada, amo Marco.

—Escúchame, Dionisio —le dije mientras me refrescaba el rostro con la mano humedecida—, no conozco a nadie que no piense en nada. Siempre se está pensando en algo, o en alguien, así que ya estás tardando en decírmelo.

El esclavo dudó durante un instante pero enseguida me contestó.

—Pensaba en Narciso, amo Marco.

—¿En Narciso, dices? ¿Y se puede saber quién es ese tal Narciso que ocupa tus pensamientos? ¿Quién es Narciso? ¿Otro de tus efebos imberbes con quien derrochas ahora tu peculio?

—Narciso, *domine*, no es ningún efebo con quien malgaste mi dinero. Según la tradición oriental fue un joven extraordinariamente hermoso, pero tan engreído y vanidoso que la diosa Némesis decidió que había que castigarlo, provocando que Narciso se enamorase de sí mismo. Y el apuesto Narciso, de tanto contemplar su propia belleza reflejada en una fuente, acabó cayéndose al agua y murió ahogado.

Miré detenidamente a Dionisio sin pestañear.

—Perdón por pensar, amo Marco.

Aquella insolencia del esclavo bien hubiese justificado que lo abofeteara, que lo tirara de cabeza a la fuente o cualquier otro castigo similar. Pero, al fin y al cabo, se había limitado a ser sincero, tal y como yo le había ordenado, por lo que decidí devolverle el golpe propinándole otro con las mismas armas, y castigándolo con una nueva sesión de esa carnalidad terrenal que tanto le molestaba.

—Pues mucho me temo que tú, Dionisio, no te pareces en nada a Narciso —le dije, secándome las manos con la toga—. Pero no me refiero a ese Narciso tuyo, sino a otro bien distinto que conocí en Asia. Tenía más o menos tu edad, unos sesenta

años. Y era casi tan feo como tú, quizás un poco menos, ahora que lo pienso, pero tenía otras facultades muy peculiares.

El esclavo me miró asustado temiéndose lo peor.

—¿Tú conservas el vigor, Dionisio? Y ya sabes a lo que me refiero; no a la vitalidad que se necesita para subir escalones, sino a la otra —le dije cerrando mi puño y enderezando el antebrazo, simulando una erección para desconcierto del esclavo.

Dionisio se sonrojó y no dijo nada.

—Pues resulta que ese Narciso, el de Asia, tenía una facultad que lo hizo muy popular. Acércate, Dionisio, que te lo cuente.

El viejo esclavo se adelantó deseoso de conocer los detalles, y le susurré al oído aquellos misterios que tan popular hicieron al anciano entre las mujeres de Pérgamo. Cuando Dionisio escuchó el secreto de Narciso se sonrojó aún más, abrió la boca asombrado y me miró incrédulo.

—Como lo oyes, Dionisio. Todos los días; y hasta cuatro o cinco veces seguidas.

Pensé en continuar con mi tono hiriente, sabiendo que todo lo que no fuese espiritual le molestaba al esclavo, pero acabé apiadándome de él y decidí que era mejor continuar el camino al foro. De vez en cuando lo miraba de reojo para ver qué hacía, y tenía que hacer un esfuerzo para contener la risa, pues el esclavo hablaba solo, gesticulando y contando con los dedos de la mano las acometidas de Narciso, intentando cuadrar en las horas del día tanto derroche de virilidad.

Pero el gentío que se congregaba en el foro no estaba dispuesto a darle un respiro al viejo Dionisio. Una multitud de personas caminaban en procesión por la Vía Sacra, provenientes del Esquilino y del Monte Celio, y se dirigían hacia la ribera del Tíber para celebrar la festividad de Anna Perenna, la diosa

que simbolizaba en los *idus*⁵ de marzo la llegada de un nuevo ciclo anual. Una fiesta esencialmente plebeya y escandalosa, en la que los participantes proferían toda clase de obscenidades mientras caminaban por el foro, con tal desvergüenza que a cualquier ciudadano digno resultaba molesto escucharlas. Los jóvenes portaban pellejos repletos de vino barato para emborracharse en la pradera; y luego, cuando estuviesen totalmente ebrios, retozarían sin ningún complejo en la orilla del río. Algunos, los más recatados, lo harían en pequeñas tiendas levantadas sobre la arena para evitar ser vistos; pero el resto fornicarían desinhibidos, a plena luz del día y sin miedo a las miradas ajenas.

Tuvimos que esperar un buen rato hasta que pasara la procesión para poder cruzar hasta el otro extremo del foro. Mientras observaba el gentío, una joven de labios carnosos me miró de soslayo, lanzándome desde la distancia un beso lascivo que de buena gana hubiese recibido de no haber llevado en ese momento la toga senatorial. A Dionisio también lo piropearon, y mucho, pero en su caso se trataba de dos viejas del Esquilino, feas y andrajosas, cuyos comentarios consiguieron sonrojarlo. El esclavo tuvo que taparse los oídos y cerrar los ojos para no escucharlas ni verlas, y comenzó a canturrear una extraña cancioncilla griega para silenciar los lujuriosos gritos de la muchedumbre.

5. Días quince de marzo, mayo, julio y octubre; y días trece del resto de los meses.